so pretexto de una atención de momento, se retiró á la pieza contigua, un poco ruborizada.

A las diez de la noche terminó el baile; el juez de primera instancia y uno de los tinterillos que hacía los negocios *por mitad*, demasiado alegres, se retiraron los últimos.

Al despedirse Tomás de Angela, le preguntó ésta:

—¿Sale V. mañana?

—No—intervino Nacho—se va á estar unos días con nosotros.

—Sí, quédese V.; le prometo que se divierte—y sin darle tiempo para excusarse, le dijo en seguida:

—Mañana vendrá V. ¿verdad?

—Sí, Angela, con mucho gusto—contestó al fin el tierracalenteño.

A ese tiempo, Sotero que salía del cuarto inmediato le tomó del brazo, y dando las «buenas noches» echaron á andar calle adelante.

CAPILLA ALFONSINA

IX

PABLO Gómez, el antiguo pretendiente de Rosaura, era un joven de veintidos años de edad. Alto, seco, tieso como un huso, mostraba en su rostro moreno y alargado, hondas cicatrices de viruela. Repugnaba á primera vista con esa antipatía inexplicable que se desprende de ciertos seres humanos: tal parece que la Naturaleza los ha sellado fatalmente con una señal de condenación, envolviéndolos en un fluido magnético de malhumor y contrariedad.

Tenía los ojos bizcos que revelaban una alma aviesa con negruras y rugosidades de dantesco abismo; su frente estrecha y aplanada hacía pensar en seguida en la ruindad de miras y en lo anémico de su cacumen que se ocultaba bajo de su pequeño cráneo; gruesas pestañas sombreaban lúgubremente el centelleo de su mirada de fosforescencias felinas; su cabellera hirsuta y rebelde y su escasa barba, daban á su semblante la desconfianza fosca del indio, y los dientes largos, la nariz chata, las orejas movibles y los negros labios salientes, provocaban á risa, diríase que se hallaba uno en presencia del tipo darwiniano: el inmediato ascendiente del hombre. Era contrahecho y cascorvo, de tal manera, que al andar, sus piernas formaban dos arcos que encerraban un claro ovalado. Vestía, como vestían generalmente

CAPILLA ALFONSINA

los de su clase en esa época: camisa de indiana con pájaros estampados en fondo rosa, adornada de alforzas grandes en la pechera, y pantalón de tela de algodón á rayas azules: calzaba botines de becerro con el resorte de color morado y usaba sombrero de palma, caído á un lado.

Nacido entre el barro del arroyo, como hijo del azar, de padre anónimo y de una criada negra, no conocía otras gentes ni otro trato que los de hez de la plebe. Su madre, trabajando día y noche, sirviendo siempre como se sirve en estos pueblecillos, en que á la vez que se desempeñan funciones de persona, se ejecutan oficios de bestia, no tuvo tiempo de ocuparse del crío, ni recomendaciones eficaces para ponerle en la escuela parroquial. Tampoco tuvo parientes á quienes recomendarlo. Con esto, apenas nacido, para que no la im-

posibilitase en sus quehaceres, se lo echaba á las espaldas como pequeño fardo, liado con el rebozo que ataba al pecho; allí dormía el *piltontli* largamente y si se despertaba no daba señales de disgusto: tal era la costumbre. Cuando pudo andar, para evitarle porrazos y á ella cuidados, lo amarraba con el negro ceñidor, de un horcón de la cocina, sentándolo en un trozo de frazada, y á los lados, para que no rodase, arrimaba líos de guiñapos.

Después, ya crecido, soltábalo, y el muchacho por miedo á la inmovilidad, corría á la calle. Allí hizo sus primeros conocimientos y recibió las primeras enseñanzas de perdido. Entraba á robar, con otros arrapiezos de su calaña, las frutas en los cercados vecinos; apedreaba los balcones, las puertas y los tejados de las casas del vecindario; íbase á

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

la plaza de comercio, pedía tlacos, mendigaba mendrugos de pan, comía la bazofia de las carnicerías, y cuando no le era dable allegar nada por pacífico medio, hurtaba lo que podía. Así llegó á los quince años, entre las quejas de los habitantes y las correcciones disciplinarias del alcalde.

Una mañana, el carpintero de la casa de enfrente en que servía la madre, que trabajaba en un cobertizo deshecho, pidió al granuja por aprendiz y se lo dieron. Entonces Pablo, à quien no disgustaba el oficio, trabajó con tezón, sorprendiendo á todos con su cambio de conducta. Cierto, que los días domingos que percibia su salario, se lo bebía con otros de la broza en las cantinas de los suburbios, de donde no salía bien librado, ya de las broncas que provocaba su lenguaje agresivo y altanero,

recibiendo golpes y bofetones; ya de las garras de la policía que lo arrestaba en la cuadra por su borrachera escandalosa; pero eso sí, el lunes pegábase al trabajo como un negro. Jamás modificó su carácter reconcentrado, sombrío y rebelde; pues si bien es cierto que en su juicio no desplegaba su acometividad, beodo se hacía de día en día más peligroso. Así llegó á la mayor edad.

Al saber que varias personas visitaban á Rosaura, á quien conocía de tiempo atrás por haber permanecido algunos días con motivo de su oficio, azuelando canoas y labrando puertas casa D. Primitivo Sorites, en el rancho; no vaciló en ir á su vez á la nueva residencia de quella juzgándola como anterior conocimiento, y al verla tan agraciada, comunicativa y simpática con el desarrollo de su edad, se prendó de ella perdidamente.

Al principio, Rosaura lo tomó á broma, burlándose bonitamente de su cortejo; pero cuando advirtió que ni las puyas embozadas, ni los sarcasmos intencionados, ni las frases duras le hacían mella; que pasaba por todo género de humillaciones y burlas, al extremo que, cuanto más se le desdeñaba, más se hacía el resignado y el sumiso, con esa mansedumbre y compunción del perro que mueve la cola en ademán de halago al recibir un puntapié, ó lame agradecido la mano que le pega; se alegró demasiado. Pensó utilizarlo y le inspiró confianza.

Desde entonces, cuanto ganaba en el oficio lo daba á Rosaura en obsequios, en préstamos, en cualquiera forma. Así llegó á interesar; de modo que cuando hacía falta su cuotidiana visita se mandaba á buscarle. La costumbre se entronizó, y en ade-

lante, Pablo fué como un miembro más de la familia. No había recado que no llevara, ni encomienda que no se le diera; se necesitaba traer algo del campo. allí estaba Pablo para hacerlo; había que arreglar algo urgente en la ciudad, Pablo desempeñaba el cometido venciendo obstáculos y allanando dificultades. ¿Escaseaba el dinero? Allí estaba él para agenciarlo. Teníase como «el yunque de la casa» y así se lo expresó D. Bruno varias veces.

Para las gentes el papel de Pablo no era nada dudoso ni demasiado decente; para los de la casa una gollería; poco les importaba saber porqué estaba allí, la cuestión era que trabajase y les diese su dinero; para él ¡nonada! jamás quizo analizar su posición ¡qué más daba! Lo que necesitaba para la vida, como del espacio el ave, del sol las plantas, del aire y

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

el calor los seres todos de la creación; teníalo allí, junto á Rosaura, ya en la atmósfera que respiraba, ya en los objetos que á diario tocaba y veía, ó bien en el polvo que hollaba, admirándola siempre, obedeciéndola en sus mandatos, adivinándola sus más nimios deseos, así fuese objeto de sus burlas: ¡Sentía tanto consuelo cuando se reía de él!

Por supuesto, Rosaura, al verse abandonada de súbito por sus antiguos galanteadores, halagó á Pablo con despiadadas carantoñas y le espoleó con crueles coqueterías, llegando á caldearle los cascos á extremo tal, que el pobre diablo estaba dispuesto á dar con gusto la vida por ella si la pedía.

Entre bromas y veras, la muy ladina, habíale significado corresponder á su amor.

Varias veces, él habia propuesto el

matrimonio con dolientes ruegos, mas ella se echaba á reir diciéndole: «No te apures, hombre, más adelante . . . más adelante . . . . Trabaja, haz mucho dinero y entonces. . .quizás. . . ¿oyes?» y concluía con una significativa señal, enlazándole ambas manos, á la par que le arrojaba á las barbas una incisiva carcajada.

En tal estado las cosas, una mañana se apareció Sotero presentado por Nacho, casa don Bruno.

El poeta, el soñador, el romántico, se prendó tanto de la gracia femenil, de la belleza nefasta y de la alegría embriagadora de Rosaura, que le hizo el amor en el acto, sin temor al desaire.—Débil resistencia en la conquista.—A pocos días todo el pueblo conocía las relaciones amorosas de los dos jóvenes.

Sabedor Pablo de ésto, se desesperó, lloró de rabia y juró vengarse.

Al principio balbuceó reclamaciones tímidas á Rosaura por su infidelidad; pero como no le hacia caso y solo respondía con carcajadas burlonas á sus frenéticos celos, subió de punto la excitación de ánimo del abandonado. Día llegó en que después de serias recriminaciones la dijo: «Rosaura, ¡por Dios! no me desprecies. . . Me moriré ¡ay! si me abandonas. . . !

—Quita allá, necio, no fastidies—contestó ella.

—Bueno . . . ¿no me amas ya?—interrogó doliente.

—Mira, ten juicio, le hizo observar ella. No me pongas en ridículo, mentecato; te prohibo encelarte, ¿lo oyes?

—¡Ay! no puedo—lamentó él.

—¿Quién eres tú, desgraciado,—replicó ella—para cobrarme celos? Eres una monstruosidad humana—y rióse con una causticidad tal, que dañó mucho al pobre hombre.

Mas tarde, volvió á la carga el infortunado.

—Oye, no puedo aguantar más—la expresó con las manos crispadas, el semblante fosco y lijeros extremecimientos en los labios, y concluyó fatídicamente: «O ese catrín ó yo....»

—Tú, hombre, tú,—haciéndole un leve cariño en los hombros con la diestra—pero haste el desentendido y no molestes.

—¡Oh, eso no! Cuando le veo siento ganas de ahorcarle.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¡Miserable! Escucha: el día que le digas algo, vamos, con sólo que le mires amenazante, me la pagarás. Oyelo bien: ese día te odiaré.

Vertió estos conceptos con tal ira; había en su voz y en sus ademanes tal decisión, que Pablo se intimidó y bajó los ojos.

—Está bien, le prefieres....—gimió sumiso y lloroso.

—Te digo que no me trates de él nunca; yo haré lo que se me antoje y á tí nada te importa.

—¡Que no me importa! (reaccionando) Rosaura, ten cuidado, si ese muñeco insiste en venir.... ¡le mataré!

—¡Qué has dicho, infame!—rugió ella con el enojo de la hembra herida—¡Lárgate de aquí!—ahogándose de mohina—¡pero, ya, pues!— tronándole los dedos.

Pablo bajó la vista torva temblando, palideció por algunos instantes, sus labios vibraron, pero nada dijo; hizo un esfuerzo sobrehumano y se dominó. Calmado aparentemente contestó:

—Está bien, adiós...—y pronunció estas palabras con acento desgarrador.

Rosaura advirtió que amaba á Sotero al notar que Pablo le odiaba y se encolerizó al cerciorarse de que podía dañarlo. Quizás este amor fué el primero que dejó de ser un pasatiempo. Juzgaba á Pablo tan bajo y estaba tan perdidamente enamorado que por primera vez también tuvo la intuición de un desastre. Temblaba ante el recuerdo de la amenaza. No vaciló, pues; retuvo á sí con ternura y con amor al poeta y puso de patitas en la calle á aquel infelíz que la veneraba con inflamada pasión.

Concluyó el período de vacaciones.

Una noche en el dintel de la puerta que daba al patio, se despidieron entre lloros y protestas, entre besos y caricias el estudiante y su amada, jurándose con la inconsciencia de la edad y la efervescencia del cariño,

amor eterno. El, volvería al año siguiente y ella, ansiosa, lo esperaría fiel.

Al marcharse Sotero á Chilpancingo, acercóse de nuevo Pablo, volviendo sin saberse cómo, sin conciencia del hecho por parte de Rosaura, en fuerza del hábito, sin duda, á su antigua vida: fué otra vez «el yunque de la casa.» Rosaura lo alentó de nuevo mostrándole con sus coqueterías que le estimaban aún.

Concluyó el año, se presentó Sotero, otra vez; á los mandatos de Rosaura, se alejó el desventurado carpintero con el más negro de los despechos en el alma y la más reconcentrada de las iras en el corazón.....

Un plán diabólico incubaba, tomaba cuerpo, se erguía amenazador bajo su maldito cráneo.....